

los oídos á las piadosas persuasiones de nuestros padres y parientes, caso que intenten apartarnos de nuestro propósito: ni tenemos lástima de nuestra tierna edad, ni de nuestra vida, que ha de tener un fin muy pronto; antes bien démonos priesa para llegar á las celestiales moradas, en donde pediremos á Dios perdón de los pecados de nuestra infancia, y al mismo tiempo de los que hayan cometido nuestros padres.» Estos discursos dejaron atónitos á los verdugos, y contuvieron el impetu con que descargaban azotes sus robustos brazos. Dieron parte á Daciano de como los santos niños, léjos de intimidarse con la violencia del tormento, sufrían los dolores con un semblante risueño, y se animaban á la constancia con mutuas exhortaciones, en que hacían desprecio de la misma muerte.

Estremeciósese Daciano al oír un suceso tan desusado y portentoso, y en medio de su admiración prorumpió en estas palabras: No son dignos éstos de ponerse en mi presencia; porque si llegaren á vencer mis halagos y amenazas unos niños que desprecian igualmente los tormentos y la vida, y el dar culto á los dioses inmortales, ¡qué sucederá despues! Esta reflexion llenó su alma de encono, y para precaver los daños que se temía de tan sublime ejemplo, mandó que los sacasen secretamente de la ciudad, y los degollasen en el campo. Estaba entonces Alcalá situada en el lugar que hoy día llaman la Huerta de las Fuentes; y habiendo los verdugos tomado á los dos santos niños los llevaron al campo Laudable, que es el sitio que hoy ocupa la ciudad referida. Allí, puestas las dos tiernas é inocentes víctimas sobre una piedra, entregaron sus cuellos al sangriento cuchillo, que no tuvieron horror de teñir mas en leche que en sangre los ministros de la perfidia gentilica, como reflexiona el autor de las actas de santa Leocadia. Sucedió este martirio en el mismo lugar que ocupa hoy la magistral, en donde se conserva la piedra sobre que fueron sacrificados los Santos, con algunos vestigios de su preciosa sangre. Avergonzado el pretor de haber ensangrentado sus manos en dos niños inocentes, y conociendo que en aquella ciudad no podría conseguir ventaja alguna á favor del paganismo, se retiró inmediatamente. Con su ausencia tuvieron los cristianos comodidad para recoger los cuerpos de estos santos mártires, y tributarles todo el honor que merecía un triunfo tan heroico. Sepultáronlos en el mismo lugar en que habian padecido martirio, en donde edificaron en honor suyo una iglesia con dos altares, uno sobre el cuerpo de Justo y otro sobre el de su santo hermano. Sucedió este glorioso triunfo en el año segundo de la era de los mártires, que fué el de 304, el día 6 de agosto, segun consta del

códice Veronense, del oficio muzárabe y de muchos martirologios.

La iglesia y los altares edificados debieron ser de tan débil materia, que en el espacio de un siglo, no solamente se verificó su destruccion, sino que llegó á borrarse de la memoria de los ciudadanos el sitio dichoso que conservaba un tesoro tan apreciable. Quiso Dios manifestarlo para que no careciesen los fieles del consuelo de poder venerar las reliquias de dos mártires, que tanto honor habian dado á la religion de Jesucristo. A principios del siglo v. eligió la divina misericordia al metropolitano de Toledo, llamado Asturio, por glorioso instrumento de la invencion de los santos mártires. En un sueño misterioso, no solamente le reveló el lugar determinado que escondia el precioso tesoro, sino que además inflamó su espíritu de unos ardientes deseos de encontrarle. Fué á Alcalá, y habiendo hecho desmontar las ruinas y escombros que cubrian los dos santos sepulcros, encontró lo que su piedad deseaba. Reedificó de nuevo la iglesia, erigiéndola en silla episcopal, y permaneciendo toda su vida en Alcalá, para no apartarse de donde tenia el iman de su corazón. En la devastacion de los sarracenos padecieron los santos cuerpos varias traslaciones, hasta que últimamente vinieron á parar á Huesca. En el año de 1567 el piadoso rey Felipe II obtuvo del santo padre Pio V un riguroso decreto, en forma de breve apostólico, en que mandaba al obispo de Huesca que enviase á Alcalá la mitad de los sagrados cuerpos de los santos mártires. Obedeció el obispo; y habiendo puesto en una preciosa urna reliquias insignes de los santos niños, fueron llevadas con la pompa y magnificencia debida al lugar de su martirio. Recibió Alcalá este precioso tesoro el día 7 de marzo del año de 1568 con esenciales muestras de devocion y alegría; y habiéndolas colocado en un lugar no menos decente que majestuoso, recibe continuamente las misericordias del Señor por la intercesion de estos santos niños, que son á un mismo tiempo sus ciudadanos y sus patronos.

LOS DOSCIENTOS SANTOS MÁRTIRES DEL MONASTERIO DE CARDEÑA.

EN el antiguo monasterio de S. Pedro de Cardena del orden de S. Benito, sito á dos leguas de la ciudad de Burgos en la falda del monte llamado Jubeba, se celebra en este día la gloriosa memoria de los doscientos ilustres mártires monges en el mismo monasterio, que en el año 872, reinando en Leon D. Alfonso III, fue-

ron sacrificados al furor de los bárbaros mahometanos; cuyo martirio nos refieren los escritores en esta forma. En la desgraciada época que se hallaban los árabes dueños de toda la Andalucía, sediento el rey de Córdoba de la inocente sangre de los cristianos, á quienes desde la cuna profesó un odio mortal, despachó contra ellos dos ejércitos poderosos con ánimo de apoderarse de cuanto poseían en el resto de la península. Dirigióse uno contra Leon, y fué rebatido valerosamente por el rey D. Alfonso el Casto; pero entrando el otro en Castilla la Vieja á las órdenes del general Zefa ó Zafa, poderoso africano que habia pasado á España á auxiliar las conquistas que intentaba el de Córdoba, causó innumerables estragos en todos los pueblos y en los campos por donde hizo tránsito, con la multitud de infieles de que se componia su ejército. Supo este bárbaro que en el desierto de Burgos habia un célebre santuario que era el de S. Pedro de Cardaña, y creyendo que los monges tendrian grandes tesoros, se dirigió á él con ánimo de apoderarse de todas sus riquezas.

Hallábanse por entonces doscientos monges en aquella ilustre casa, ó bien de moradores, ó bien refugiados á ella de otros monasterios inmediatos, de los que huyeron temiendo los estragos que hacian por todas partes los moros. Cercó Zafa al monasterio, y pidiendo á los monges todas sus riquezas, le respondió Estéban, que era abad á la sazón de aquella ilustre colonia, varon de eminente santidad, que el tesoro de sus súbditos estaba en el corazon de cada uno, no otro que Jesucristo á quien ellos perseguian ciegamente. Irritado el bárbaro con tan generosa respuesta, mandó encerrar á los monges en un claustro, poniéndoles guardas para que los custodiasen con toda seguridad, y se ocupó con sus tropas en arruinar la casa hasta hallar el oro y la plata que imaginaba tendria; pero habiendo salido frustradas sus esperanzas, convirtiendo su ira contra los inocentes, dió orden para que les quitasen la vida. Acometieron los bárbaros agarenos con un furor extraordinario á los monges indefensos, é hicieron en ellos una horrible carnicería, sin que se les oyese otra espresion que la de invocar todos á una voz el dulce nombre de Jesucristo, por cuyo amor padecian gustosamente; logrando todos por este medio la apetecida corona del martirio en el día 6 de agosto del año 834.

Luego que se ausentaron los moros, concurrieron los cristianos de aquella montaña, y diéron sepultura á los venerables cadáveres en el mismo claustro donde padecieron, el cual se tuvo en tanta veneracion, que segun escribe Ambrosio de Morales, se observaba la costumbre hasta su tiempo, de que no pasase algu-

no por aquel claustro por reverencia, creyendo que se profanaba tan sagrado lugar, pisándole. Quiso Dios hacer célebre aquel claustro, que fué sepulcro de sus fidelísimos siervos, con muchos milagros; siendo muy memorables entre ellos el de verse por muchos años en el día 6 de agosto teñido todo el suelo con un color de sangre, que despedía de si un olor suavísimo; cuyo prodigio continuó hasta el tiempo del rey Enrique IV, como se acredita por el privilegio de donacion que hizo este piadoso príncipe á aquel ilustre monasterio.

En vista de este y de otros portentos recurrieron los monges de Cardaña al papa Pío V, para que se dignase colocar á los santos en el catálogo de los mártires, y autorizar su culto, su oficio y su festividad con la autoridad apostólica. Dió comision el papa á D. Cristóbal de Vela, arzobispo de Burgos, para que procediese á la justificacion del memorable suceso, el que resultó plenamente comprobado por deposicion de cuarenta y dos testigos, personas dignas de todo crédito. Suspendióse el progreso de la causa por varios motivos que ocurrieron en Roma, y se recurrió con nuevo ardor en el pontificado del papa Clemente VIII, por medio del Dr. D. Vicente Ferrer, canónigo penitenciario de la santa iglesia de Orihuela, devotísimo de los ilustres mártires; el que habiendo pasado á Roma con motivo de ciertos negocios, consiguió á virtud de sus incansantes súplicas del papa Clemente, que mandase su Santidad escribir en el Martirologio romano á los mártires de Cardaña en el día 19 de enero del año 1603, en lo que no hubo demora en el cardenal Baronio; pero no satisfecho Ferrer con tan feliz progreso, reiteró sus ruegos para con su Santidad, á fin de que se rezase públicamente en la Iglesia el oficio de los dichos mártires. Remitióse esta nueva súplica á la sagrada Congregacion de Ritos; y aprobada en un todo, compuso el mismo Baronio las lecciones propias del segundo nocturno, llevado del singular afecto que concibió para con los insignes mártires. Comunicó tan agradable noticia el abad del monasterio de Cardaña al rey Felipe III, y concedió éste una suma crecidísima para que se hiciese una suntuosa capilla sobre el sepulcro de los Santos, en la que se colocaron las venerables reliquias; y en medio de ella una primorosa efigie de S. Estéban abad, que fué el jefe de aquella ilustre colonia de defensores de nuestra santa fe, cuyas infalibles verdades testimoniaron con su sangre.

La misa es del misterio, y la oracion la siguiente:

O Dios, que en la gloriosa voz que salió de entre una brillante nube; concédenos, que seamos coherederos de este Rey de la gloria, y que algun dia le hagamos compañía en su reino. Por el mismo nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 1 de la segunda del apóstol S. Pedro.

Carisimos: No os hemos manifestado la virtud y la venida de nuestro Señor Jesucristo por haber seguido las doctas fábulas, sino por haber sido testigos de vista de su grandeza. Porque recibió de Dios Padre honor y gloria habiendo bajado á él de la magnífica gloria esta voz: Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido; oid-

le. Y esta voz la oimos nosotros venir del cielo estando con él en el monte santo. Pero tenemos por mas firme la palabra de los profetas: y haceis bien en atender á ella como á una antoreha que resplandece en un lugar oscuro hasta tanto que amanezca el dia, y el lucero de la mañana nazca en vuestros corazones.

REFLEXIONES.

Señor, bueno será que nos quedemos aquí. Si un solo destello de la gloria y de la majestad del Hijo de Dios arrebata la admiracion, colma, satisface, inunda en tan puro, en tan esquisito gozo á los que son testigos de él; ¡qué será en el cielo, donde se ve cara á cara al mismo Dios! ¡qué torrente de delicias anegará á los santos en aquella feliz mansion de los bienaventurados, de que el Tabor no era mas que débil sombra, ligera y limitada figura! Yo no sé lo que será el paraíso, decia un gran siervo de Dios; solo sé que en él se ve á Dios en sí mismo, y que el alma está como anegada en alegría; que Dios, hablando en rigor, solo parece Dios en aquel lugar de delicias; que todos los astros con que adornó al cielo, todas las flores con que vistió de gala á la tierra, todo cuanto el arte puede añadir á la naturaleza, todo es borron, todo es nada, en comparacion del paraíso. Yo no sé lo que habrá en él; solo sé que en él no hay mal alguno, ni físico ni moral; que no hay pecado, que no hay vicio, que no hay en-

vidia, que no hay interés, que no hay inconstancia, que no hay temor, que no hay esperanza, que no hay pena, que no hay inquietud, que no hay enfado. La tierra es un destierro, ó por mejor decir, es un potro donde padecen los santos. El cielo es su patria, es su casa de recreo, es el teatro de su triunfo. Si crió Dios un infierno, y un infierno tan terrible para un solo pecado mortal, no obstante la miseria y la flaqueza humana; aquel Señor, que es mas liberal que riguroso, ¿qué no tendrá criado para los hombres que viven treinta, sesenta, ochenta años entregados al rigor de la penitencia, á pesar de todas las repugnancias de su flaca naturaleza? Es el paraíso el lugar donde Dios premia á sus siervos, llenándolos de bienes incomparablemente superiores á todos los de acá abajo. Siendo el lugar donde derrama sin medida sus favores en sus favorecidos, desconfiemos de poder formar idea cabal de lo que es. Toda nuestra felicidad en esta vida consiste en el pensamiento, y en la esperanza que tenemos de poder ser, mediante su misericordia, lo que los santos son. Si á estos los hizo felices, aun en medio de los trabajos de esta vida, la esperanza sola del paraíso, ¿qué será su posesion sin mezcla de mal, ni de disgusto? ¿qué no hicieron para ganarle? ¿y quién de ellos pensó jamás que había hecho demasiado por merecerle? Antes bien ninguno deja de esclamar con el Apóstol: *No hay proporcion entre los trabajos y aflicciones de esta vida, y la gloria de la otra.* En este mundo no hay un instante de calma; no se sabe qué cosa nos turba y nos inquieta mas, si la necesidad ó la abundancia; si la pobreza ó las riquezas; los gustos ó los disgustos. Las riquezas y la pobreza causan poco mas ó menos las mismas inquietudes; la gloria nos aturde, la humillacion nos abate, las diversiones nos cansan; nada hay en la tierra que no nos disguste. Solamente del cielo se puede decir: *Bueno será que nos quedemos aquí.*

El Evangelio es del capitulo 17 de S. Mateo.

En aquel tiempo: Llevó Jesús consigo á Pedro y Santiago y Juan su hermano, y los llevó aparte á un monte alto. Y se trasfiguró delante de ellos. Y su rostro resplandeció como el sol; y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, los cuales hablaban con él. Y hablando Pedro, dijo á Jesús: Señor, bueno es estar-nos aquí: si gustas, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Elías. Aun no había acabado de hablar cuando una nube resplandeciente les hizo sombra: Y

he aquí que de la nube (salió) Y alzando sus ojos, no vieron á una voz que decía : Este es mi Hijo amado, en el cual me he complacido bien: oídle. Y al oír esto los discípulos cayeron de bruces y temieron mucho. Pero Jesús se llegó, y los tocó, y les dijo : Levantaos, y no temais.

MEDITACION.

Sobre el misterio del día.

PUNTO PRIMERO. — Considera la particular estimacion que hace el Salvador del mundo de los que le aman con ternura, y la bondad con que les comunica sus mas señalados favores. Distingúense Pedro, Diego y Juan entre los demás apóstoles por el ardiente amor que le profesan; y el Señor los distingue tambien entre todos por los favores especiales de que los colma. Condúcelos al Tabor; pero bien entendido, que tambien los ha de llevar consigo al monte de las Olivas. En esta vida los consuelos espirituales son comunmente presagio de trabajos y cruces. Es ocioso pedir sentarse á los dos lados del Hijo de Dios, cuando no hay resolucion para beber la amargura de su cáliz. Muéstrase Cristo á sus discípulos mas resplandeciente que el sol, rodeándole el resplandor de su majestad y su gloria; pero en medio de esta gloria solo trata de tormentos, de desprecios y de muerte. Desengañémonos, no hay en la tierra condicion, no hay estado exento de mortificacion. Toda devocion aplaudida, ruidosa, cacareada y llena de consuelos, se nos debe hacer sospechosa. No hay otra dulzura, no hay otro consuelo verdadero que el que producen las adversidades; ó por lo menos, el sincero deseo de la humillacion y de la cruz. Cuando el Salvador quiere dispensar á sus discípulos un singular favor, haciéndolos testigos de su gloria, los retira á un monte solitario. Nunca se proporcionó el tumulto del mundo á las intimidades con Dios; estos preciosos favores se reservan para la soledad, ó á lo menos para el retiro. *Non in commotione Dominus.* (Osee 2.) Gusta Dios del alma tranquila y sosegada. Llevaréla á la soledad, y allí la hablaré al corazón. Solo en el retiro se deja oír el Señor de las almas puras. Es error querer ser devoto sin dejar de ser mundano. Quéjense muchos de que en sus oraciones solo experimentan sequedad, disgusto y distracciones. Quéjense de que nunca sienten aquellos espirituales consue-

los que gustan los siervos de Dios, aunque haya muchos años que se dedicaron á su servicio. Ama á Jesucristo con fidelidad y con ternura; témele; aniquila en tí ese espíritu de delicadeza y de regalo, ese espíritu de mundo que todavía domina en tu corazón; huye del tumulto; ama la soledad; busca el retiro; y presto tendrás parte en los insignes favores de tu amable Salvador.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es tan natural al hombre el amor á todo lo que es placer; es tanta su inclinacion al gusto, al contento, á la paz del corazón, que esta inclinacion y este amor son como el general resorte que da movimiento á todas las acciones de la vida. ¡Mas ah, y qué grande es su ilusion cuando busca fuera de Dios esta paz, esta quietud, este contento y esta satisfaccion! Solo en servicio de tan buen amo se encuentran todas esas utilidades. *Estar con Jesús*, dice el autor del libro de la Imitacion de Cristo, *es dulce paraíso; pero estar sin Jesús, aunque seas el hombre mas feliz del mundo, es un infierno.* Asombra es que despues de tan largas y tan funestas esperiencias como los hombres han hecho de esta verdad todavía no reconozcan su error, descubriendo el vacío y la inanidad de las falsas alegrías de este mundo. Esperimentan toda su amargura; palpan su inestabilidad, y con todo eso solo suspiran por ellas. Si domina la pasion del contento y del consuelo, ¿á qué fin buscarle donde no se halla, y huir de aquella condicion donde únicamente se encuentra, que es la de los que sirven á Dios de veras y con fervor? ¿A qué fin arrastrar toda la vida en una medianía de virtud, en la cual nunca se gustan las dulzuras de la vida verdaderamente espiritual? La gloria de la majestad de Cristo solo se descubre en la elevacion del monte; en el fondo de la soledad, en lo mas silencioso del retiro se dejan percibir los consuelos celestiales. Por eso se escogió la cumbre de un monte solitario para la Trasfiguracion del Señor. ¿Por qué no se obraria este dulcísimo misterio sino á vista de solos tres discípulos? Porque siempre es corto el número de las almas fervorosas. Seamos de este corto número, y seremos favorecidos. *Bueno será que nos quedemos aquí*, esclama S. Pedro. Cuando Dios se comunica á una alma pura, fácilmente se olvidan todos los bienes criados. Los mas esquisitos gustos de la tierra parecen muy insípidos á quien gusta una vez los consuelos espirituales, que son como una prueba de los gozos de la gloria. Ninguna fuerza hacen ni esos honores imaginarios, ni esas distinciones pueriles, ni esas quiméricas fortunas con que el mundo apacienta á sus parciales, luego que Dios se deja sentir

en el alma. Aquella paz interior, que excede todo cuanto se puede imaginar; aquel contento superabundante, que causa una inalterable igualdad; aquella inesplicable alegría, que es el fruto de los mas duros trabajos; aquella alegría pura sin mezcla de tristeza; aquella alegría permanente, que no se acaba cuando se acaba una fiesta pública; aquella alegría constante, sin peligro de producir efecto alguno enfadoso; todo esto solo se reserva para los buenos. Compara todas estas ventajas con la turbacion y con la tiranía de las pasiones; con aquellas inquietudes, y con aquellos enfados, que son como la herencia de las almas cobardes, de las almas tibias, y descubrirás el verdadero origen de todos tus disgustos, y de todas tus sequedades.

Conozco, Dios mio, que mi infidelidad y mi tibieza me han privado hasta aquí de aquellas señaladas gracias, que solo se reservan para los fervorosos. No os pido, Señor, esos favores extraordinarios que hacen tan fácil y tan dulce la virtud; solo os pido, por los méritos de mi Señor Jesucristo, me deis gracia para salir de este infeliz estado de tibieza, que me ha hecho tan pesado tu suavísimo yugo. Concededme aquel fervor con que se os debe servir, y la merced de que os sirva de hoy en adelante con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS. — Muéstranos, Señor, los efectos de tu misericordia, y concédenos la asistencia de tu gracia. (*Psalm. 84.*)

Vos, divino Salvador mio, sois el resplandor de la gloria, y la figura de la sustancia del Padre. (*Ad Hebr. 1.*)

PROPOSITOS.

1 *Maldito sea aquel que no ama á Jesucristo*, decia S. Pablo; y á la verdad, si el que no ama á su prójimo está, segun S. Juan, en estado de muerte; ¿en qué estado se ha de considerar el que no ama á su Criador, á su Salvador, á su Redentor, á su Dios, á su Padre? ¿Como es posible que no amemos á Jesucristo con ardor y con ternura los que tanto nos amamos á nosotros mismos; los que somos pródigos de nuestro corazon, y le entregamos por el menor beneficio que nos hagan? Pues qué, ¿ninguno hemos recibido de este divino Salvador, á cuya pura bondad debemos cuanto tenemos y cuanto somos? ¿Ignoramos por ventura con cuánto ardor nos amó y nos ama Jesucristo? ¿Pero le amamos nosotros? Esta es la pregunta que te debes hacer continuamente. La respuesta la han de dar tus obras, tus palabras, tus dictámenes y toda tu conducta. Si estás en el tem-

plo, si asistes al divino sacrificio, sea tu respeto, tu modestia y tu devocion una prueba pública de lo que amas á Jesus. Si un director te aconseja, si un superior te manda, recibe la orden y el consejo como consejo y orden de Jesucristo; prueba lo que le amas en la prontitud con que le obedeces. Tus reglas, y las obligaciones de tu estado, son señales visibles de la voluntad de tu soberano Maestro; esto es lo que pide el Salvador. No se pase este dia sin que tengas el consuelo de probar por todos estos medios la sinceridad con que amas á Jesucristo.

2 *Imita á aquellos grandes siervos de Jesucristo*, cuyo corazon estaba abrasado de su amor, y de cuyos labios jamás se desprendia su santo nombre. *Yo te aconsejo singularmente*, dice S. Francisco de Sales (1. part. 2. cap. 1.), *que tomes por frecuente materia de tu meditacion los méritos de la vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Mirándole en tu oracion, aprenderás como debes obrar, y arreglarás tus acciones por el modelo de las suyas. Los niños, á fuerza de oír á sus madres, y de tar-tamudear delante de ellas, no solo aprenden las voces, sino tambien los acentos; y nosotros, si nos acostumbramos á la presencia de este divino Salvador, durante la meditacion, y á observar sus acciones, sus sentencias y sus máximas, aprenderemos, mediante su divina gracia, á hablar, á obrar y á querer lo que él quiere. No sin razon se llama el Salvador. Pan que bajó del cielo; porque así como el pan se debe comer con todo género de manjares, así el Salvador debe ser meditado, considerado y buscado en todas nuestras oraciones, para ser imitado en todas nuestras acciones.*

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

SAN CAYETANO TIENE, confesor y fundador de los clérigos regulares, en Nápoles de Campania; el cual con singular confianza en Dios restableció en sus hijos la primitiva vida de los apóstoles, y esclarecido en milagros fué canonizado por Clemente X. (*Véase su vida hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN DONATO, obispo y mártir, en Arezzo en Toscana; el cual entre otros milagros que refiere S. Gregorio papa, con su oracion restauró un cáliz consagrado y hecho pedazos por los gentiles. En la persecucion de Juliano, apóstata fué preso por Quadraciano su prefecto, y rehusando sacrificar á los idolos, fué degollado, y así consumó el martirio. Con él fué martirizado SAN HILARINO, monge, cuya fiesta se celebra el dia 16 de julio en cuyo dia fué trasladado su cuerpo á Ostia Tiberina.